

Freddy Timmermann López.
El gran terror. Miedo, Emoción y Discurso. Chile, 1973-1980.
Santiago: Ediciones Copygraph, 2015, 337 págs.

El miedo -como fenómeno psicofisiológico- vincula de manera integral el ser del sujeto permitiendo constituirlo como un instrumento político de manipulación social. Análisis que no puede ser entendido solamente desde la historiografía por ser un fenómeno emocional el que se articula mediante la percepción de contexto y memoria, requiriendo un trabajo reflexivo multidisciplinario mancomunado. Por ello Freddy Timmermann busca respuestas en la sociología, la filosofía y la psicología, a fin de poder entender cómo se articula la emoción del miedo.

El gran terror de Freddy Timmermann plantea un análisis que busca reconstruir la episteme del miedo en tono al Régimen Cívico-Militar (RCM) entre los años 1973-1980, desarrollando un estudio que analiza los grandes miedos colectivos padecidos, en forma diferenciada, por las élites civiles y militares que impusieron el RCM, para dar salida a sus anteriores miedos (miedos derivativos), obteniendo una refundación

de los mismos externalizados en acciones de alcance político en el espacio público en disputa. Miedos que mediante el análisis del desarrollo de las percepciones de los contextos y de los objetivos que a las élites militares, civiles y eclesiásticas les generan sus inseguridades y les otorgan seguridad, se puede determinar la rearticulación de los miedos en torno al RCM, de los precedentes y de aquellos posteriores y su forma de operar discursivamente como psicotecnología del miedo.

El libro tiene un eje central que sostiene que la sociedad de corte burgués se mantiene en un estado de inseguridad primigenio que las instituciones y las personas aceptan tácitamente. Desde esta premisa, la obra se articula en torno a cuatro planteamientos que se van vinculando en los ocho capítulos en que está dividido el texto. La primera reflexión se centra en el miedo como concepto e instrumento político, donde el autor analiza el miedo y la seguridad por constituirse como productos sociales, junto a la memoria y

Freddy Timmermann López. *El gran terror. Miedo, Emoción y Discurso. Chile, 1973-1980.*

Santiago: Ediciones Copygraph, 2015, 337 págs.

Nicolás Araya Figueroa.

Autoctonía. Revista de Ciencias Sociales e Historia, Vol. II, N°2, Julio-Diciembre 2018, 258-261

ISSN 0719-8213

DOI: <http://dx.doi.org/10.23854/autoc.v2i2.93>

las experiencias que posee un grupo humano, por ser los mejores instrumentos que permiten descomponerlo y analizarlo, siendo las acciones de huir y de enfrentarlo las dos posibilidades que ofrece al sujeto que lo padece.

Otra cara del miedo es la analizada desde el afecto, ese primer instante de interacción con el estímulo donde se evalúa la situación, el que no puede separarse de los niveles éticos, estéticos y políticos que configuran sistemas interdependientes de significación que sostienen entre sí y se proyectan como oralidades de sentido, sometiéndose a incesantes procesos de interpretación, siendo lo fundamental el proceso por el cual el afecto pasa de la virtualidad al ser en acto. Como el miedo no puede ser intelectualizado antes de su aparición, la situación contextual es determinante para comprender su dinámica constitutiva de ser en acto. Pero el miedo no es igual siempre, existen determinadas situaciones, fluctuaciones de miedo que obedecen a contextos diferentes que determinan un tipo de miedo y su rol en la configuración de *status quo* determinado.

En esta línea reflexiva, el autor estudia los miedos en los principales documentos oficiales de RCM, desde el 1 de septiembre de 1973, hasta la promulgación de la constitución de 1980, dando un paso adelante en la propuesta teórica metodológica respecto al trabajo de fuentes escritas, a fin de que permitan sustentar el objetivo de comprender la relación de los miedos con la forma en que la percepción de un imaginario político, en una sociedad que reivindicaba lo estatal, lo público y lo político como principios universales, se transforma en individual y privado, llegando a desconfiar y a temer al Estado y al sistema político propio de la democracia liberal.

Por otro lado, el texto busca comprender los cambios producidos en la forma de legitimación política generada en un régimen autoritario que utiliza el terror como forma de disciplinamiento sociopolítico, planteando que los documentos estudiados fueron diseñados específicamente como psicotecnología para ello, con el objetivo de infundir miedo mediante herramientas publicitarias, la prensa, la violencia, el silencio o el rumor social. Para contextualizar estas prácticas, el autor establece algunos parámetros de historia comparada con lo ocurrido en Argentina en el Proceso de Organización Nacional (PRN) entre los años 1976-1977, enriqueciendo profundamente la discusión historiográfica y metodológica.

El segundo planteamiento nos propone el análisis de los miedos derivativos y la construcción de una sociedad del miedo, donde Timmermann trabaja con las élites, cuya matriz autoritaria de percepción de la realidad se articula durante todo el siglo XX, pero más especialmente después de la década de 1940, con un progresivo aumento de la inseguridad social. Percepción caracterizada por la construcción de un universo binario, como se denomina en el texto, donde uno de los polos expresa la norma inapelable, impuesta desde un principio de autoridad supuestamente superior en términos morales e incluso naturales, y el otro polo, es una agregación de lo que no corresponde a dicha norma, que se contrae como despreciable y peligroso, lo que avalaría la necesidad de destruirlo. Matriz reflexiva que promueve las prácticas guerreras por su intolerancia hacia toda diferencia, que constantemente intenta eliminar, como acción recurrente de un estado permanente de incertidumbre propio de la sociedad actual.

Es el Estado democrático moderno -propio

de una sociedad capitalista y de mercado- el que se propuso, casi desde principio, erigirse en una estructura destinada a reducir el miedo o a eliminarlo por completo de la vida de sus súbditos/ciudadanos, entregándole los objetos de interés y de pertenencia, lo que aumentó las opciones de incertidumbre respecto a su control y pertenencia, lo cual incrementó la inseguridad y los miedos. En Chile, este modelo de Estado democrático securitario tuvo una reacción contraria a las propuestas políticas, pues desde mediados de la década del sesenta se produce gradualmente una pérdida de la estabilidad temporal que amparaba los sentimientos de arraigo sociopolítico. Es la guerra fría, el marxismo, las tensiones militares, la politización de las bases sociales, establecidos como objetos de origen, los que determinan elementos de inseguridad que se ven acentuados con la llegada de la Unidad Popular, la que por variados sucesos de carácter endógenos y exógenos desencadena el golpe de 1973 como un acontecimiento explosivo que busca responder a estas inseguridades.

Estos miedos derivativos, que se acumulan en el imaginario de las élites, se entienden debido a que ellas viven en un contexto distinto al de la restante sociedad, padeciendo miedos interpretativos desde otras perspectivas, que para el caso chileno incluso sobrepasan la norma valórica del uso de la violencia para contrarrestar la inseguridad, siendo el tercer planteamiento la respuesta, que es el golpe militar y el cambio de enemigo. El autor reconoce la influencia de los Estados Unidos la instalación en la sociedad militar chilena el miedo al marxismo, ese “peligro Rojo” que también es causa del golpe en Argentina, se articuló con las inseguridades propias de las élites civiles y militares que en el contexto generado por la Unidad Popular se transformó en motivo

de justificación para la acción de violencia. Pero, si al comienzo el terror fue al marxismo, tras el golpe este enemigo se desvaneció y el temor debió migrar hacia otros objetos, como la lucha contra la guerrilla, la subversión o el terrorismo. El autor plantea que este terror al marxismo solo se extendió hacia inicio de 1974, dando paso a una articulación institucional del aparato de producción de miedo que justificara las acciones impuestas a la sociedad. Las élites debían justificar la escapatoria a sus miedos mediante la violencia y represión con estos otros objetos de temor.

Como cuarto planteamiento, se analiza la desensibilización y el proceso a la seguridad de la violencia que vive la sociedad chilena bajo el RCM. Instancia en la que se plantea el fenómeno de portar el dolor y, sobre todo, de aprender a portar el dolor. Así, la sensibilidad al estímulo de dolor y temor se va haciendo cada vez menor, existe un acostumbamiento a una realidad de temor, que políticamente reestructura el comportamiento social de los individuos afectados. Esta desensibilización va generando un cambio de conducta y mentalidad de los sujetos que para evitar ser sujetos de temor cambian sus conductas en favor del agente agresor. Timmermann plantea un análisis a esas situaciones donde las personas pierden su identidad y se convierten en agentes condicionados y modelados por el RCM, en una conducta que se entiende como un pacto denegativo y, finalmente, como ideología del sinsentido, que culmina con el proceso en cuanto ha mudado de identidad previa.

En este sentido el miedo, desde lo político, ofrece un *statu quo* que genera posibilidades sociales, geográficas y políticas que crean una realidad propia, donde los sujetos pueden ser categorizados en función de esos miedos.

En resumen, el texto ofrece una interesante posibilidad de discusión historiográfica, teórica y metodológica en torno a un tema de complejo análisis disciplinario y social, lo cual solo aporta al enriquecimiento de las problemáticas historiográficas, que nos invita ineludiblemente a un trabajo previo de estudio interdisciplinario para poder comprender la profundidad de los postulados planeados.

En otro sentido, la primera parte del texto requiere un esfuerzo especial para comprender el entramado conceptual que estructura el soporte teórico-metodológico interdisciplinario que propone el autor, pero que se va diluyendo en la descripción contextual propio de la historiografía del tema, dando la impresión de que faltó continuar con la profundidad de la propuesta o un equilibrio narrativo en el transcurso del proceso de articulación del texto, pero que en ningún caso atentó con el valor que entrega a la disciplina y la expansión temática de la historia de las emociones que lentamente se abre paso en Chile.

Nicolás Araya Figueroa
Universidad Andrés Bello, Chile